

LAS ALAS ROTAS



Estado en que quedó el aparato después de caer junto al apeadero de Herrera (Ciudad-Real). En el óvalo, el joven oficial piloto D. Miguel de los Santos que murió en el accidente.

En una clara mañana, en que el azul del cielo, era mas terso y mas azul, dos águilas humanas tendieron su vuelo; trazo vigoroso, enérgica rúbrica, que cruzaba la comba gigantesca del firmamento.

Eran cual dos cruces de oro al beso del sol. Los caballos del aire, a caballo en el celaje, forzaban proyectos y esperanzas, mientras seguían la ruta fatal, de su primer vuelo de pilotos.

Eran estos don Miguel de los Santos y don Marcelino Saleta. El placer de ver casi terminado su aprendizaje les hacia sentirse satisfechos, y forjar la bella quimera de su porvenir, una hermosa página de la patria historia, que escribirían sus garras de aguiluchos finitas en la sangre de «beniirragueles».

Quizá pensaban en la linda muñeca de ojos negros, el madrigal florido que perfumaba estos días de su fragante juventud.

Y la tragedia, que roza con su negro manto la frente de los valientes nietos de ICARO, surgió inesperada y como aquél las de cera, vio fundidas sus alas de novel aviador.

Rota, maltrecha, el águila humana cayó en la tierra hidalga, que el más famoso hidalgo famosa hiciera, en plena juventud, en plena ilusión y su sangre roja con el oro del sol dedicó una muda ofrenda a la Patria. Allí en la altura, el otro piloto presenció horrorizado e impotente la trágica escena, una plegaria murmuraron sus labios nacida del corazón y el aparato tendía sus alas sobre el caído como los brazos de una áurea cruz.

El cuerpo del infortunado teniente fué traído a Alcabete y el ayuntamiento lo acogió en su seno. El pueblo impresionado acompañó al entierro en apretada multitud, presidiendo el duelo las autoridades locales.

El féretro iba envuelto en la bandera nacional. Al mártir de la Patria le estrechaba en un postretero y amoroso abrazo.

Durante el entierro un aparato voló sobre la fúnebre comitiva, era la despedida el último adiós que le daban así sus compañeros, los caballeros del aire.

Don Miguel de los Santos era valenciano y de raza de héroes; según nos informan, un hermano suyo murió en Africa; otro se encuentra herido actualmente y por último tiene otros dos más, de los que uno ingresó en una academia militar y el otro fué alumno de la Escuela Superior de Guerra.

El infortunado oficial gozaba de numerosas simpatías por su carácter jovial. Era asiduo al Club Cinegético donde tenía una *peña* y nos viene a la memoria las palabras que le oímos decía a sus amigos en la tarde del 22, unas horas antes del desgraciado accidente. «Ahora cuando termine iré unos días a Valencia con mi familia luego a San Sebastian». Al saberse la noticia causó una honda impresión y el dolor ponía un triste comentario en los corrillos del Club. Sus amigos del Cinegético le dedicaron una bonita y lujosa corona.

¡Pobre vida truncada en plena juventud!
El águila humana, que una clara mañana cruzó con vigoroso trazo el infinito azul, cayó deshecha con las alas rotas para no levantarse más, pues la guadaña implacable, lo mismo siega un abrojo que troncha una flor.

EL CABALLERO DE LA X.

Los Cuentistas

MARIETA Y JOE

Por Ramon Perez de Ayala

El día 20 de diciembre, a las tres de la tarde, el señor Abraham llamó a Joe a su despacho. El señor Abraham, banquero de estirpe judaica, remuneraba a modo de aguinaldo, los servicios y actividad inteligente de su subordinado, con una gratificación de cincuenta libras esterlinas.

A las cinco de la tarde salió Joe de la banca. El azacaneo febril de la City había cesado. Era un día de niebla. El suelo estaba embadurnado de papilla negruzca. Joe llevaba consigo cuarenta libras en notas de cinco, y diez auras monedas, que se complacía en hacer sonar sordamente dentro del bolsillo del chaleco. Se consideraba bastante feliz. Entró a tomar el té en un Lyons. Con magnífica largueza, propinó seis peniques a una camarera de canina expresión y carnívoro estuche dental. Aportó, a poco, en su posada, 19, Guilford Street, y se encerró en la alcoba. Tumbado sobre el angosto y fementido lecho, se le volatilizaba el espíritu en un humo rosa de quimeras. Después de comer, y oprimido en un *smokig-dres* de respetable edad, encaminóse al Hipódromo, en donde tomó una localidad de platea. Todos los números se le antojaban acabada muestra de arte sumo; y los ejecutores, seres favorecidos por la naturaleza con escelsos dones. Ante un hércules teutón, que hacía mil prodigios de esfuerzo, estuvo a punto germanófilo. Unos perros sabios le inspiraron fuerte afecto fraternal. Gracias a las insólitas *performances* de un solemne buey, adiestrado por una india, comprendió la religión de los egipcios y el culto del Apis, del cual tenía muy vagas noticias.

Joe andaba por las veintiocho; era viril y candido de aspecto: rubio con claros ojos inocentes, la sonrisa, pueril. Era socio de un club escocés, Caledonian Club; intentaba seguir el movimiento político a través de las hojas diarias, con penoso esfuerzo de su inteligencia tardía; practicaba la cultura física lógica de los *sports*, cuando le quedaba vagar para ello; y finalmente era abstemio y casto. Había amado, allá en su adolescencia, a una dulce niña de trenza rubia y los ojos celestes.

Cuando un hombre rechoncho y grave, desde el centro de la pista, imitaba sirviéndose de un tubo de quinqué las melodiosas inflexiones de la prosodia asnal de manera que el buen público se desenternillaba de risa, una dama elegante, que acababa de llegar, vino a sentarse en la butaca al lado de Joe. Despojándose del amplio casacón, color de añil con toques briscados y piel de marta, que brillaba suavemente como miel, ostentó la gracilidad de su cuerpo, arrojado tenuemente en una especie de túnica, de tono malva mate. El vestido, o túnica, profesaba a su dueña una gran adhesión per-

sonal; se le ceñía al cuerpo, en tan apretado abrazo que se confundía con él. La cintura caía casi debajo de los sobacos, dando así gran aire a la persona.

Los senos bien asentados y de discreta medida, como los que Tiziano solía pintar, iniciaba su ércetil agresividad en el abierto escote de lechosa blancura y suavidad sedeña. Cuando se hubo sentado la dama, Joe venciendo su timidez natural, osó mirarla. Era una mujer de lóbrega y complicada cabellera; de ojos negros, así como adormecidos; la boca, de una rojez increíble para quien no conozca el ocultísimo de tocador; el rostro ovalado, de candidez virginal. La dama sonrió a Joe. Este quiso corresponder. Sólo atinó a hacer una mueca desgraciada. «¿Será una...?», pensó. En seguida, la dama comenzó a hablarle. Era extranjera, napolitana; Londres le entristecía mucho. ¡Deseaba tanto volver a su país!... Todo esto lo dijo de primera intención, replegándose en su butaca, con un mimo desolado, los ojos puestos de hito en hito sobre los del inglés, el entrecejo algo fruncido, como si quisiera contener el llanto. Joe sentíase estúpido. Una pasión inflamatoria y subitánea se apoderó de él.

—¿Y por que no vuelve a usted su país?—No se le ocurrió otra cosa. Haciendo la pregunta, advirtió que decía una tontería. Además, si Marieta (se llamaba Marieta) se marchase, sería desgraciado ya.

Terminado el espectáculo, Marieta se colgó del brazo de Joe. El mozo temblaba. La muchedumbre en torno, les oprimía; Joe tomó a Marieta de la cintura y la apretó ardentemente.

—¡Ay que me hace usted daño—suspiró, no sin que se echase de ver cómo el amor ingenuo, repentino y terrible de Joe la enorgullecía.

—¡Perdón, perdón!—mascullo Joe. muy ruborizado.

Ya en la calle, anduvieron a la ventura, sin rumbo fijo.

—¡Vamonos a mi casa! Tengo vinos exquisitos y fiambres; vinos de mi tierra, vinos rojos y amables. No me gustan los restaurantes públicos.

Joe se hacia de rogar, dudaba.
—No sé si debo señorita...

Marieta tenía un *flat*, amueblado con discreta elegancia. Las flores, flores yertas de invierno, reirían por dondequiera. La lumbre estaba encendida en la chimenea. Comieron bebieron y hablaron; esto es, habló Marieta. Repitió sus nostalgias y sus pesadumbres.

—Londres me ahoga, con su negrura y su tristeza. ¡Ay mi sol! ¡Mi sol de Italia, mi cielo azul!...

Entonces, Joe, en un arranque, le ofreció sus cincuenta libras. Con ellas podía hacer el viaje.